

**I. LA IGLESIA EN LA ENCRUCIJADA**

## EL CATOLICISMO FRANCÉS DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX VISTO POR EL ESPAÑOL

POR

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

*Universidad de Córdoba*

### RESUMEN

El autor examina el peso del catolicismo francés en el catolicismo español, especialmente en los sectores más cultos de éste, en la primera mitad del siglo XX.

### ABSTRACT

*French Catholicism in the first half of 20th century: a Spanish view*

The autor examines the weight of the French Catholicism on the Spanish one, especially in the most cultivated sectors of the second, in the first half of the 20th century.

En el merecido homenaje tributado a uno de los maestros de la historia religiosa europea contemporánea, el profesor Jacques Gadille, estudiábamos las relaciones entre el catolicismo francés y español contemporáneos; trabajo necesitado de un complemento que es justamente el que abordamos en la presente ocasión<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Vid «Catholicisme français et catholicisme espagnol. Lignes d'une dépendence», en *Histoire religieuse. Histoire globale-Histoire ouverte. Mélanges offerts à Jacques Gadille*, París, 1992, pp. 341-54.

La Iglesia en la Encrucijada  
Hispania Sacra 49 (1997)

Dados los caracteres del nacionalismo español y la galofilia que impregnó casi inalterablemente los estamentos políticos y los cenáculos intelectuales, ni el culto permanentemente encendido a la guerra de la Independencia ni la crítica a la Francia «volteriana y deísta» desplegada desde algunos sectores del catolicismo ultramontano hicieron mella en la simpatía despertada por todo lo francés en la opinión dominante en la España finisecular y en la de los primeros decenios del novecientos.

En los sectores confesionales progresistas —nunca muy extensos, por lo demás, en la España de la primera mitad del siglo XX— la admiración y hasta el seguimiento de la cultura católica francesa se evidenciaron en todo instante muy notables. Ya fuera el movimiento de «Le Sillon», ya fuera Maritain y su «nuevo humanismo» alumbraron en dichos estratos una corriente entusiasta, traducida a menudo en intentos de adaptación, más o menos lindantes con fórmulas en exceso imitativas.

Singularmente, ello fue ostensible en el más poroso y abierto catolicismo español de la época estudiada: el catalán. Conforme a pautas muy arraigadas en esta región, los modelos galos de religiosidad gozaron de un fuerte eco no sólo, como acabamos de decir, en sus manifestaciones más avanzadas, sino igualmente en las de corte más tradicional e incluso reaccionario.

Fueron, en efecto, a menudo, los sacerdotes y seglares de la zona más avanzada y dinámica de la Península quienes señalaron el camino al resto de la colectividad nacional, debiéndose asimismo señalar que, habida cuenta de la mayor cohesión y vertebración sociales del Principado en relación con las demás porciones del país, sería allí donde la preocupación por el catolicismo francés y la dialéctica respecto de él de amigo y adversario se encarnase en grupos sociales demográficamente muy considerables y socialmente muy influyentes. La innegable superioridad intelectual de la clerecía y laicado catalanes y los poderosos medios bibliográficos y editoriales a su alcance expandirían por todo el ámbito de la cultura española una imagen en conjunto positiva de las expresiones coetáneas del catolicismo galo<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Respecto a una región y a unos personajes significativos, entre otros elementos, por su relación con Francia, son reveladores los siguientes textos: «Que nadie crea que exagero al hablar de las rivalidades entre las distintas vírgenes. En la misma época, en Zaragoza, un sacerdote, durante el sermón habló de la Virgen de Lourdes reconociendo sus méritos, pero señalando que eran inferiores a los de la Virgen del Pilar. Entre el auditorio había una docena de francesas que vivían en calidad de institutrices con varias familias distinguidas de Zaragoza. Indignadas por las palabras del sacerdote, fueron a quejarse al arzobispo, Soldevila Romero (asesinado años después por los anarquistas). No podían consentir que se menospreciara a la célebre Virgen francesa». BUÑUEL, L., *Mi último suspiro*, Barcelona, 1995, pp. 19-20.

Y en un libro cuyas sobresalientes calidades literarias no logran contrarrestar, en el terreno historiográfico, su tono hagiográfico se afirma: «La invasión napoleónica de España dejó funesto recuerdo,

Importará, no obstante, insistir, sobre todo, a fin de no proyectar una visión en extremo maniquea del propio catolicismo hispano, que también fue en Cataluña donde se acuñó y difundió prevalentemente la versión negativa de Francia y su credo religioso que cabe rastrear en la publicística de finales del ochocientos e inicios de la centuria actual. Los núcleos ultramontanos del Principado, notables por la calidad intelectual o la capacidad propagandística y difusora de su ideario, fueron, en términos globales, los que aportaron el principal concurso a la elaboración de la corriente de pensamiento que veía en Francia y en su catolicismo los responsables primordiales del laicismo y la secularización que estaban derruyendo los pilares esenciales de la vieja cristiandad<sup>3</sup>.

Francia, como tierra por excelencia de los «philosophes» y «esprits forts», era la principal culpable, a los ojos de los más importantes teóricos de la contrarrevolución española, del proceso de descristianización que avanzaba imparablemente por todas las naciones de cepa e historia católicas. La acción sostenida de algunos medios gobernantes en pro de erradicar la vigencia social del catolicismo en el «Hexágono» había servido igualmente de orientación a las minorías rectoras de dichas naciones y, muy en especial, a las ibéricas tanto españolas como portuguesas<sup>4</sup>. De otra parte, las ideas y la actuación de sus círculos progresistas —católicoliberales en tiempos del *Syllabus* y de Pío IX, demócratacristianos posteriormente— no habían mostrado la vitalidad suficiente para contrarrestar la acción de los poderes públicos —en particular, desde la implantación de la III República— y de los escritores volterianos o masónicos, contribuyendo con sus delicuescentes planteamientos y frívolas posturas al confusionismo de la grey popular y a la impotencia de las masas tradicionales. La Francia «libertina y revolucionaria» se presentaba así ante su mirada como la más poderosa máquina de descristianización de la Europa de la «Paz Armada» y del llamado periodo de entreguerras. Conductas colectivas reprobables, como su acusado maltusianismo o la relatividad moral, no habían encontrado en los católicos del país vecino el antídoto requerido por la extensión de unos

---

por las atrocidades que cometieron las tropas. Durante más de un siglo, los libros de la escuela y las memorias del vulgo estuvieron marcados por la antipatía a ciertos episodios de la historia. En ese ambiente se crió Josemaría, de niño, en el colegio. Más tarde, su corazón grande y católico, rechazó ideas tan mezquinas y rencorosas. ¿Por qué tienen los pueblos y las naciones que arrastrar culpas pasadas de sus gobernantes, y más cuando median generaciones?». VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975)*, Madrid, 1983, p. 284.

<sup>3</sup> Cfr. CUENCA TORIBIO, J. M., *Aproximación a la historia de la Iglesia española contemporánea*, Madrid, 1979.

<sup>4</sup> CUENCA TORIBIO, J. M., *Relaciones Iglesia y Estado en la España contemporánea*, Madrid, 1989.

La Iglesia en la Encrucijada  
Hispania Sacra 49 (1997)

males que amenazaban anegar definitivamente la conciencia cristiana de la patria de San Luis y Juana de Arco<sup>5</sup>.

Naturalmente que movimientos como *Action Française* y autores a la manera de Charles Maurras, Henry Massis, muy seguidos y leídos en los estratos dirigentes del catolicismo hispano de la etapa que nos ocupa, suscitaba en ellos la esperanza de mejores tiempos, alabando sus métodos y objetivos, que en muchas ocasiones se esforzaron por aclimatarlos en la geografía espiritual española<sup>6</sup>.

Fuera de Cataluña, como decíamos más atrás, estas corrientes poseyeron menos caudal y capacidad creadora en su doble vertiente progresista-ultramontana. Una y otra, insistiremos, tuvieron como continuo referente las peripecias del catolicismo galo. La obra de Menéndez Pelayo —galófono en su combativa mocedad para dar paso ulteriormente a posiciones más comprensivas y tolerantes frente a Francia, en general, y a sus católicos, en particular— gozó, conforme es bien sabido, de gran predicamento y autoridad en los sectores con mayor presencia pública, bien que, en líneas generales, su legado fuera fundamentalmente patrimonializado por los grupos más radicales y extremo-

<sup>5</sup> Curas como el descrito en sus recuerdos por el filósofo provenzal G. Thibon también abundaban en Francia, para confortamiento y estímulo de los españoles: «He aprendido el catecismo como todos los niños de pueblo y he experimentado el mismo fervor en el momento de la primera Comunión. En el cura de mi pueblo, por su atuendo y su manera de ser, se conjugaban para mí el misterio *tremendum* y misterio *fascinans*. El domingo *in albis* condenaba a los infiernos a los pocos pecadores recalcitrantes que no habían cumplido el precepto pascual». *Au soir de ma vie. Mémoires recuillis et présentés par D. Masson*, París, 1993, p. 36. Por lo demás, y muy pertinentemente, A. PINO ha puesto de relieve la otra cara de la moneda, indispensable para una visión exacta de la cuestión: «Una literatura francesa de exportación basada en temas escandalosos -del tipo de las novelas de Carco- y las constantes campañas de la prensa católica contra la inmoralidad de las costumbres francesas habían extendido una imagen de los franceses no menos deformada que la que se tenía de los españoles. Por ello, a los hispanistas les fue fácil acusar a sus mentores de confundir a su vez París con Francia, y el París del vicio con el verdadero París. Y si se tenía un carácter algo vidrioso como el de Morel-Fatio, resultaba incluso tentador hacer algunos sarcasmos a los que se prestaba fácilmente el tema, ¿había que tomar lecciones de moral de esos jovencuelos salidos de los colegios de la rígida Compañía que conocían de primera mano todos los tugurios de la "Butte Sacrée" pero desconocían donde se encontraba el *Institut* o la Sorbona? ¿No eran los mismos extranjeros los que aportaban la mayor parte de la corrupción de París? *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España. 1875-1931*. Madrid, 1988, pp. 242-3

<sup>6</sup> Según noticia proporcionada por REYES, A., en la *Revista de Filología Española* (1917), IV, MINER, L., probablemente un seminarista vasco o persona muy relacionada con el mundo eclesiástico, en su obra *El cura según Cervantes* (Vitoria, 1916) «maldice de esa Francia "inepta casi siempre para crear" y causante, sin duda alguna, de todos los males de la literatura española». El mismo gran prosista mejicano expondrá, sin embargo, por los mismos años el revés de la moneda, al glosar el ardido amor de algunos alumnos de la Escuela Francesa de Córdoba por Francia: «Après ma patrie, le pays que j'aime le mieux est la France. Elle n'est séparée de ma patrie que par les Pyrénées». *Obras Completas*, Méjico, 1962, XIV, p. 385.

sos<sup>7</sup>. De manera por lo común velada y, más raramente, explícita, sus adeptos declaraban que la identidad y verdadero ser del moderno catolicismo hispano se había forjado, en buena medida, en el rechazo a la cosmovisión revolucionaria y a las fórmulas que, desde un terreno confesional, integraban subreptivamente el núcleo de su herencia, tal y como venía a ocurrir con muchas de las posiciones imperantes en la Iglesia francesa. Sintomáticamente, los núcleos más atraídos por la dimensión social de estas corrientes se mostraron interesados por las experiencias francesas de signo más tradicional, pilotadas por ideas y hombres caracterizados por su enemiga a cualquier transacción con el espíritu de la modernidad<sup>8</sup>.

No obstante ello, uno de los sectores confesionales de mayor implantación en la élite de poder de la España contemporánea, el que aceptara la jefatura y liderazgo indiscutible del santanderino Ángel Herrera, colocó al «último» don Marcelino como portaestandarte y guía de sus esfuerzos. Una postura muy receptiva ante el espíritu y las ideas maritenianos tuvieron así franca acogida en las capas del catolicismo español de más destacado protagonismo en la vida pública durante años e, incluso, décadas de la andadura de la nación<sup>9</sup>. El más poderoso medio de penetración social de comienzos y aun mediados de siglo en la Península, la prensa, estuvo en España a través de órganos muy acreditados como los diarios madrileños *El Debate* y su sucesor *Ya*, así como una importante cadena regional controlada por la misma Asociación Nacional de Propagandistas Católicos, al servicio de un diálogo cordial con todo el universo permeado en Francia por las tendencias demócratacristianas, singularmente, en su plasmación más conservadora<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> Al final de la dictadura primorriverista el activo embajador de Francia en España, Peretti de la Rocca, escribía a su ministro que «si el sectarismo y el chovinismo del Primado de España y de algunos de sus obispos se limitase a una obra de rectificación nacional bajo el signo de la cruz, nosotros no tendríamos nada que decir. Pero estos sentimientos se traducen desgraciadamente en accesos de galofobia contra la Francia jacobina y libertina que, no contenta de oprimir, de explotar y de abandonar moralmente a los pobres obreros extranjeros llegados a socorrerla, amenaza corromper igualmente a los españoles en su propia casa destilando por la enseñanza que ella les aporta el veneno de su cultura». Apud DELGADO, L., y NIÑO, A., «Emigración, enseñanza y nacionalidad en las relaciones hispanofrancesas», *Historia Contemporánea*, 10 (1993), p. 67.

<sup>8</sup> CUENCA TORIBIO, J. M., *Menéndez Pelayo*, Madrid, 1966.

<sup>9</sup> «Igualmente, leía con calma y meditaba, los trabajos y libros del jefe doctrinal de la Acción Francesa, Charles Maurras. Según he dicho, yo era suscriptor del periódico diario *L'Action Française*, que leía con verdadero apasionamiento; las dos horas que me llevaba eran sagradas y no había motivo que impidiera enfrascarme en su lectura [...] En *L'Action Française* veía yo una reencarnación, mejorada, del tradicionalismo español. Las tesis políticas que defendían eran las mismas; pero, a mi modo de ver, con mucho más acierto y mayor poder de proselitismo». VEGAS LATAPIE, E., *Memoorias Políticas. El suicidio de la Monarquía y la Segunda República*, Barcelona, 1983, p. 46.

<sup>10</sup> Cfr. en especial HERRERA, A., *Obras selectas de Mons...*, Madrid, 1963, pp. 266 y ss. «Toda la política de Herrera, en Balmes está anticipada, así como su pensamiento sobre España es el de

Al propio tiempo, las animosas y débiles vanguardias cobraron impulso al contacto con los fermentos renovadores del catolicismo francés. De este modo, la *Nouvelle Théologie* del O. P. Jules Congar y del S. J. Henry Lubac, o las publicaciones, *La Vie intellectuelle* o *Eprit* inspiraron y estimularon los trabajos de gentes y sectores como los aglutinados en torno a revistas tan divulgadas como *Incunable*, *Índice*, *El Ciervo* o, más adelante, *Cuadernos para el Diálogo*, y alrededor de organismos y círculos del estilo de las «Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián», las «Conversaciones Católicas de Gredos» y editoriales tales como, entre otras, «Sígueme», «Taurus» y «Cristiandad»<sup>11</sup>.

La imagen construída por el catolicismo español de su homónimo francés se acomodó, según es lógico, a pulsiones temporales así como también a rasgos sociales de naturaleza cambiante. Durante la *Belle Époque*, sostenida en el apoyo de los estamentos ilustrados y las profesiones liberales, la imagen del catolicismo galo concitó el aplauso de los segmentos más dinámicos del país, que hallaron en el *ralliement* e, incluso, en los orígenes de la polémica modernista una ruta a seguir por la anquilosada religión española. Hasta un autor tan anticlerical como Blasco Ibáñez no regateara elogios a la producción literaria de los eclesiásticos y a las enseñanzas impartidas en los centros y seminarios franceses<sup>12</sup>.

El pontificado de Pío X y, sobre todo, la Gran Guerra introdujeron una visible inflexión en una trayectoria poco oscilante hasta entonces. La proclividad a la politización del mensaje evangélico experimentada desde siempre por los miembros de la Iglesia docente y el estrecho maridaje subsistente entre vida pública y religión, se acentuaron en el transcurso de los años diez a socaire de la evolución de la Santa Sede y, en especial, de la propia situación nacional, singularmente, tras la escisión del partido conservador al iniciarse 1913. Durante la primera guerra mundial amplios sectores del episcopado y clero —especialmente, el regular— apostaron por la victoria de los imperios centrales frente a unos aliados portaestandartes —sobre todo, Francia— del libertinaje social y

---

Menéndez Pelayo, aunque en el arquitectónico Herrera falte la expansiva cordialidad que empapa los escritos de don Marcelino». GARCÍA ESCUDERO, J. M., *Conversaciones sobre Ángel Herrera*, Madrid, 1986, p. 29.

<sup>11</sup> GARCÍA ESCUDERO, J. M., *El pensamiento de «El Debate». Un diario católico en la crisis de España (1911-1936)*, Madrid, 1983, en particular su extensa introducción así como también la más breve y de menor enjundia a la obra *Ya, Medio siglo de historia, 1935-1985*, Madrid, 1984 [sic].

<sup>12</sup> «... pero sobre todo las grandes figuras del catolicismo francés, el más vivo entonces, que para nosotros significó algo parecido a lo que, en la época de Ortega, la importación de la cultura alemana. Tras la obra de los abates Godin y Daniel, *France pays de mission*, los nombres del cardenal Suhard, de Lubac, de Congar, [...] todo ello fue el tema de mi libro *Los sacerdotes obreros y el catolicismo francés*, que publiqué en 1954. Es uno de los libros en que aprecio mejor cuánto he cambiado, y sin embargo mis advertencias de entonces apenas tendría que retocarlas hoy». GARCÍA ESCUDERO, J. M., *Mis siete vidas. De las brigadas anarquistas a juez del 23-F*, Barcelona, 1995, p. 194.

la corrupción política. Buena parte de los fieles se integró en el movimiento impulsado por la jerarquía y las clases acomodadas, reduciéndose así la plataforma sobre la que se asentara el retrato en positivo de Francia y su cultura<sup>13</sup>.

En los «felices veinte», los antiguos caminos volvieron a recorrerse; y una Francia democrática y creativa en las respuestas cristianas a los desafíos del tiempo recuperó la brillantez de su figura en la mente e imaginación de numerosos españoles. El ensueño de una nueva edad de oro para la civilización latina encandiló, como se recordará, a muchos intelectuales y políticos y fomentó la aproximación por parte hispana a una nación cuyas dotes para la potenciación e irradiación de su cultura se habían siempre envidiado<sup>14</sup>. Constituye uno de los muchos terrenos aun no desbrozados por la historiografía eclesiástica hispana el saber por qué estos lazos no se estrecharon durante la etapa republicana en la que los dos pueblos acercaron posiciones en ideas e intereses. La llegada al poder de algunos intelectuales y hombres de letras que, a las veces, sin participar del credo católico, no ocultaban, sin embargo, su afección por el ayer y el hoy de Francia, no redundó, extrañamente, en el reforzamiento del diálogo de entrambas culturas<sup>15</sup>.

El conflicto civil de 1936 avivó en los contendientes, y por razones contrapuestas, la renitencia hacia un país del que uno y otro beligerante criticaban su tibieza en la lucha por una causa que era la suya. Cristiandad y democracia se veían así por los nacionalistas y republicanos abandonadas por un país en otro tiempo adalid de la catolicidad, para unos, y de la libertad para otros. Terminada la guerra e impulsado, en ancha medida, por la propaganda alemana actuante en el sistema dictatorial, el sentimiento antifrancés alcanzaría su vértice. Los demonios de la galofobia se adueñaron de libros, periódicos y discursos; y encontraron cierto eco en la conciencia popular. Los textos literarios antifranceses más exaltados se exhumaron y glosaron desde tribunas y cátedras de

<sup>13</sup> Cfr. MIRANDA, S., *Religión y clero en la gran novela española del XIX*, Madrid, 1983.

<sup>14</sup> Por desgracia el trabajo de TUNÓN DE LARA, M., «La política cultural del primer bienio republicano: 1931-1933», pese a su sugestivo título, no hace ninguna mención a este tema ni a nada relacionado con los contactos culturales entre Francia y España. En *La Segunda República española: el primer bienio*, Madrid, 1987, pp. 265-84. Más llamativo resulta aún que el autor antecitado al igual que otros especialistas en el periodo no hagan referencia al papel representado por Francia en el proyecto cultural del régimen de 1931 en un libro consagrado a dicha temática. Vid GARCÍA DELGADO, J. L. (ed.), *Los orígenes culturales de la II República*, Madrid, 1993. Tampoco hay huella de nuestra materia en un destacado especialista, DELAUNAY, J. M., «L'Espagne, un champ ouvert. Rivalités et illusions culturelles en péninsule ibérique (XI-XX siècles)», *Relations internationales*, 50 (1987).

<sup>15</sup> Sobre el tema, y muy especialmente en torno al pensamiento de Massis, es de enjundiosa lectura GONZÁLEZ CALLEJA, E., «Los intelectuales filofascistas y la «defensa de Occidente» (Un ejemplo de la «crisis de la conciencia europea» en Italia, Francia y España durante el periodo de entreguerras)», *Revista de Estudios Políticos*, 81 (1993), pp. 129 y ss., en especial, 146-53.

innegable prestigio, que alentarían, consciente o inconscientemente, una corriente de cierto tinte demagógico<sup>16</sup>. Algo se resintió de esta campaña la imagen positiva del catolicismo galo, aunque no debe olvidarse que el talante y las medidas adoptados en el terreno confesional por el régimen de Vichy en sus inicios, dieron lugar a un caluroso asentimiento en las esferas gubernamentales y en las del alto clero<sup>17</sup>. Por el contrario, un MRP, «aliado del comunismo» e implacable hostilizador de la segunda dictadura española del siglo XX, y un catolicismo sacudido por los vientos existencialistas y marxistas no habían de encontrar, al término de la década de los cuarenta, ninguna simpatía en los medios ya indicados y en los sectores animados de un patriotismo no demasiado lúcido y autocrítico<sup>18</sup>.

<sup>16</sup> CUENCA TORIBIO, J. M., *La Francia actual Política y políticos*, Córdoba, 1996.

<sup>17</sup> Aunque en el último libro sobre los aspectos generales del tema los autores no analizan sino tangencialmente la actitud de los españoles en lucha cara a la posición francesa, la postura de las esferas católicas sí será objeto de un extenso estudio: «La primera evidencia, bien palpable, es que la cercanía convirtió lo sucedido en España en cuestión de importancia trascendental para Francia y también para el sector mayoritario en esa sociedad desde el punto de vista religioso. Para ella, lo que sucedía en nuestro país de ninguna manera podía ser intrascendente, sino que resultaba todo lo contrario porque su propio destino como nación dependía de las consecuencias estratégicas de la contienda española. Pero, además, la cercanía supuso también identidad de posturas: hubo estrechas similitudes entre las posiciones de los católicos españoles y los franceses aunque el peso relativo de cada una de las posturas fuera muy distinto [...] Francia era en estos momentos la capital cultural del mundo y sus iniciativas intelectuales eran seguidas en todo el globo. Esta afirmación general vale también para el catolicismo, que en Francia durante estos años tenía una capacidad de incitación como en ninguna parte del mundo y cuya riqueza de iniciativas en el terreno social o político y su amplia trascendencia para el futuro ya hemos indicado [...] No sólo por la proximidad, sino también por esa razón, el catolicismo francés sirvió de punto de referencia a la forma en que afectó la cuestión española al catolicismo en todo el mundo». TUSELL, J., y GARCÍA QUEIJO DE LLANO, G., *El catolicismo mundial y la guerra de España*, Madrid, 1993, pp. 181-2.

<sup>18</sup> En los inicios de una aventura intelectual algo tomasonada, la postura del egregio lingüista A. Tovar sería muy expresiva: «Esta actitud duró todavía mucho tiempo, y hay quienes se empeñan en resucitarla. Todavía se intenta emocionarnos con la cristiandad de Reims, y es curioso que en todos los noticiarios de la Línea Maginot lo primero que en los cines nos disparan es una misa ayudada por *poilus* y mirada con lágrimas por los coroneles franceses [...] Quizás el servilismo de los rojos hacia Francia es lo que nos da la medida de su dimensión antinacional. En la nueva generación se ha buscado por todas partes un apoyo contra la preponderancia cultural, económica y política que Francia e Inglaterra han venido ejerciendo sobre nosotros [...] Por lo demás, se equivocaría grandemente quien pensara que la semejanza de lengua, la vecindad, la favorable distribución y baratura del libro francés, y la misma inercia, no son lo bastante para asegurarle a Francia una gran influencia en España. Aunque sin duda en la guerra civil han quedado deshechas las fuerzas que simpatizaban más profunda y completamente con Francia». JURETSCHKE, H., *España ante Francia*, Madrid, 1940, pp. XX y XV respectivamente. Para la adecuada incardinación de este texto en la materia que nos ocupa y otorgarle el debido valor -a tales efectos, repetiremos-, sería indispensable conocer la posición religiosa del autor de la *Vida de Sócrates* en estos momentos, aunque es bien cierto que estaba muy ahincado en el terreno de Cruzada sobre el que se alzaba todo el edificio del por aquel entonces bando vencedor de la guerra civil. «Quizá el personaje más sobresaliente y al mismo tiempo enigmático de aquella época

Los años cincuenta revistieron en nuestro tema una fisonomía especial al ofrecerse como el tramo de la edad contemporánea en el que quizás el aporte del catolicismo francés al hispano adquirió mayor densidad. Obviamente, tal penetración no pudo darse sin una apertura y elevada estima por el lado español hacia el discurso del catolicismo galo durante una década crucial para el «Hexágono». Pese a la estancia en establecimientos italianos y, sobre todo, alemanes, de algunos de los elementos sacerdotales convertidos en la levadura de las tendencias que conformarían el mapa de la religiosidad hispana de la postrera fase del franquismo y de la inaugural de la transición, los autores y debates del catolicismo francés polarizaron en aquel entonces las mayores energías del español. La cuestión de los curas obreros, la producción literaria de F. Mauriac, Bernanos y Claudel o la controversia en torno a la descolonización imantaron la atención de los grupos más comprometidos y ebullentes del catolicismo hispano, con particular incidencia en la juventud universitaria que había elegido como *mâitres à penser* a algunos teólogos y publicistas<sup>19</sup>.

Llegado el Concilio Vaticano II, lo que pudiera denominarse en más de un aspecto colonización francesa del catolicismo español, había de sufrir modificaciones sustantivas con la aparición de horizontes y dimensiones más amplios y variados. Pero la simpatía, respeto y gratitud nunca variarían. Por nuestra parte hacemos votos para que esta deuda tenga siempre sus reconocidos acreedores.

Al término de cuadro tan someramente bosquejado cabe preguntarse cuál era para el católico español ultramontano, progresista o conservador la entraña

---

[primeros años cincuenta] fue Tovar, personalidad admirable por su saber, pero difícil de descifrar. El transcurso de los años ha venido a demostrar que era un hombre liberal y bueno, al que la exaltación nacionalista cogió demasiado joven». TIERNO GALVÁN, E., *Cabos sueltos*, Barcelona, 1981, pp. 192-3.

<sup>19</sup> «Francia era, con diferencia, la nación extranjera que disponía de una estructura más consolidada en este orden dentro de la propia España y uno de los países que gozaba, con antelación a la guerra civil, de mayor predicamento en su panorama cultural. Las nuevas condiciones creadas a raíz del cambio político acaecido en España, la francofobia imperante en sus medios dirigentes, unidas a las repercusiones negativas que tuvo para Francia la evolución del contexto internacional, afectarían directamente a las mutuas relaciones. Una de sus consecuencias fue la predisposición del emergente Estado franquista a subsanar algunos de los desequilibrios existentes desde tiempo atrás en la dinámica cultural hispano-francesa». DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, L., *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid, 1992, p. 210. La misma idea había sido expresada ya por MELCHOR SANTAOLALLA, M. P.: «... la desaparición de la Tercera República y el triunfo y consolidación en Francia del «nuevo estilo europeo» fueron acontecimientos que contempló con evidente satisfacción el gobierno español. Pero, desde este lado de la frontera, no se estaba dispuesto a permitir que las relaciones hispanofrancesas pudiesen llegar a pivotar exclusivamente sobre una supuesta identidad ideológica entre ambos países, subordinando a ella y en definitiva limitando, enturbiando o renunciando a aspiraciones muy concretas. En esto el planteamiento de los Gobiernos español y francés tenía que ser necesariamente diferente.» «Las relaciones hispano-francesas entre el Armisticio y las entrevistas de Hendaya y Montoire (julio-septiembre de 1940)». *Perspectivas de la España contemporánea. Estudios en homenaje al profesor V. Palacio Atard*, Madrid 1986, p. 464.

La Iglesia en la Encrucijada  
Hispania Sacra 49 (1997)

del catolicismo galo, motejado o ensalzado según las perspectivas. *El otro* se representaba ante el primero en su versión negativa como un individuo superficial, adicto a las efímeras modas intelectuales y profundamente acomplejado por el triunfo mediático de las actitudes avanzadas; su debilidad y mundanidad habían sido factores esenciales en el escaso poder configurador de las ideas católicas en la mentalidad contemporánea de su nación. Entretanto, el perfil abrigado del católico francés descansaba en la existencia de unos hombres de insobornable fortaleza en sus convicciones, defendidas muchas veces hasta el sacrificio —ostracismo intelectual, persecuciones administrativas, relegación académica...— y a menudo con pluma ardorosa y percutiente. Ejemplo de fidelidad al Evangelio, daban también testimonio de consecuencia con los principios que modelaron la *France éternelle*.

Para el católico español progresista *el otro* francés se presentaba en su imagen más plausible con un carácter atractivo por su apertura y sensibilidad a los envites cotidianos. *Signa temporum scire*. Nadie como él llevaba a la práctica este mandato, uno de los más sugestivos e imperiosos del Evangelio por cuanto mostraba la solidaridad del católico con su entorno social y su época. Por su coraje y compromiso, el progresista francés se erigía en el más acabado modelo de cristiano de frontera, el terreno siempre más creativo... Su contrafigura se encarnaba justamente en la católico integrista, cuya inclinación por la polémica le conducía no sólo a la exageración, sino a algo más grave aún como la intemperancia e, incluso, la violencia, que no se detenían ante nada, deslizándose con frecuencia por el plano inclinado de la calumnia e infamia.

Mientras tanto para el católico centrista o conservador moderado —en España ha sido casi imposible delimitar sus fronteras hasta fechas bien recientes— englobaba en el *otro* francés la cara más positiva del católico reaccionario y del vanguardista, afanándose en lograr una síntesis fecunda. En su loable empeño, ésta ha solido decantarse en el terreno de la primera opción...<sup>20</sup>

<sup>20</sup> En un libro algo insípido, *Ideas políticas de los católicos franceses*, Madrid, 1951, que cobra pulso e interés justamente en su desembocadura, y debido a un antiguo petainista refugiado en España, J. ROGER, se abordará muy curiosamente la cuestión, pp. 477 y ss. La obra sería comentada por LÓPEZ ARANGUREN, J. L., en la suya *Catolicismo, día tras día*: «Sobre la utilidad del libro no hay duda alguna, así como sobre la discreta ponderación del autor [...] Pero ¿era ésta la obra que necesitábamos, la que «nosotros tenemos que hacer»? Evidentemente, no. Al Consejo Superior de Investigaciones Científicas no le compete estudiar este de cultura francesa [...] más que en función expresa de España. Es decir, que si se escribe sobre el catolicismo francés, tiene que ser para contestar a esta pregunta: ¿Qué hay en él que nos sirva de enseñanza, positiva o negativa, a nosotros?». Con apostillas un cuarto de siglo posterior: «Además se convirtió [el C.S.I.C.] en centro de ayuda económica de algunos «colaboracionistas», como fue el caso de Juan Roger (seudónimo), que prefirieron quedarse aquí, al abrigo del franquismo, hasta que la represión cesase, o bien, como otros, definitivamente». *Contralectura del catolicismo*, Barcelona, 1978, pp. 24-5.